LA AUSENCIA Y LA SOLEDAD EN LA POESIA DE RICARDO E. MOLINARI

A Alfonso Fernández de Casadevante.

... Así mi espíritu
mira en su soledad, y en ti descansa
un momento de pie, posando, leve,
la mirada en el valle...

LEOPOLDO PANERO.

INTRODUCCION

Al situarnos en un tiempo cualquiera, no debemos olvidar que antes ha habido otros. Por lo cual debemos echar una mirada restrospectiva a la generación que antes de la del 22 lidiaba en el extenso campo de las letras.

Mucho fué lo que antes de esta generación se había hecho y ciertamente con gran provecho; pero nuestro propósito es ceñirnos a la actividad literaria de la generación del 22.

Entendemos por generación aquel conjunto de individuos que agrupados alrededor de ideales comunes luchan por imponer su pensamiento o su manera particular de ver las cosas.

Los componentes de la generación del 22, conscientes de su obligación de renovación, se lanzan por los nuevos caminos aportando conocimientos de positivo valor.

Si nos detenemos ante las características propias de esta generación no podremos dejar de ver que son dos los grupos que la constituyen;

los de «Boedo» por un lado y los de Martín Fierro. No puede decirse sin caer en equivocación que unos y otros constituyan dicha generación; ambos, si bien es cierto, son partícipes; sin embargo, cada cual con su motivo propio, «son partes integrantes de un movimiento literario trascendente en la cultura argentina».

Según Juan Pinto (1) esta generación se sentía con fuerzas para cambiar la faz del mundo y «si el grupo de Boedo se arroga la defensa de los humildes, y quiere liquidar la injusticia social, los del *Martín Fierro* exaltarán las cosas cotidianas».

En líneas generales trataremos de situar a Molinari. Ante todo debemos decir que siempre ha sido un gran admirador y a la vez asiduo lector de los clásicos españoles. Este hecho habremos de tenerlo siempre presente si queremos ahondar en el profundo significado de toda su producción poética.

De este su contacto con los clásicos, Molinari ha sacado cosas un tanto olvidadas de muchos y que en su obra han sido de suma importancia.

Pocos son los datos concretos que sobre este gran poeta tenemos. Solamente sabemos que no es bachiller y que se casó muy joven con una española, no habiendo tenido hijos hasta la fecha; pocos, pues, son los datos, pero que no deben olvidarse si queremos entender mejor su obra.

Mucho es lo que sobre Molinari han influído los clásicos españoles y portugueses. Esto lo notamos a través de toda su obra, y más aún en lo que se refiere al tema concreto que nos proponemos tratar; ausencia y soledad en la poesía de Molinari.

Si leemos estos mismos temas en dichos autores clásicos veremos cómo han influído y se repiten en este poeta.

Digamos que Molinari, por su mismo temperamento, siempre ha sido reservado, que parecía tutearse con el secreto, al decir de Bernárdez (2), cernido por su silencio sonriente y cortés...

Siendo Molinari un poeta de las cosas cotidianas, de la naturaleza, trataremos de analizar cómo la poesía no es más que esto: un simple robar secreto a las cosas que nos rodean.

«Nuestra vida cotidiana, gris, vulgar en sí misma, poética. No debemos adornarla y ni siquiera empañarla demasiado de alma; pero tampoco envilecerla... Lo que ha de hacer el poeta es transcribir humildemente, puntualmente, inventarialmente esa cotidianidad: las cosas (3).

---

(1) JUAN PINTO: *Breviario de Lit. Argent. Contemporánea.* Edit. La Mandrágora. Buenos Aires, 1958.

(2) JOSÉ LUIS BERNÁRDEZ: Revista *Criterio.* Buenos Aires, abril 1958.

(3) JOSÉ LUIS ARANGUREN: *Crítica y Meditación.* Edit. Taurus. Madrid, 1957.

En todo ser se da una alternativa. El hombre, como ser que es, al quedarse solo ante la vida, ante la presencia de las cosas, se convierte en una resultante interrogativa.

Todo cuanto le rodea, su circunstancia, viene a significar la demarcación de su mundo.

Todo hombre al colocarse frente a esta circunstancia de vida propia busca el modo de comprenderla, de asimilarla, de compenetrarse con ella de una manera viva, y de este modo darle un significado propio y un verdadero sentido.

Todo hombre considera ésta su relación con el mundo según una concepción particular y trata de comunicarse con las cosas de distintas maneras. Cada cual tendrá su modo personal de asimilarse con cuanto le rodea y en esta asimilación vivir su existencia con plenitud. Una de las manifestaciones que podemos delimitar fácilmente es la poesía.

La poesía habrá de ser la vivencia íntima, el latido que se reflejará en todas las cosas, que este ser, el poeta, presencia.

Poesía y naturaleza son dos cosas que el poeta habrá de conservar íntimamente unidas. El poeta habrá de recrear las cosas, sacarlas a la vista en su pleno y total sentido real.

La poesía es esa vivencia íntima, «se salir de nuestra casa «sosegada» o sin sosiego, prenderse a la puerta del alma o en el umbral del mundo, y esperar allí, con los ojos muy abiertos o muy cerrados para no dormir, el regreso del viajero inopinado, que es siempre Dios» (4).

Este ponerse a la puerta del alma es la postura necesaria de todo poeta, el escuchar su voz, «esa voz con la que el hombre ante el derrumbamiento de todo puede quedarse a solas (5).

De aquí el que el poeta se sienta a veces solo y ausente de su centro, tan solo que solamente le queda su palabra, «la cual, sobre todo cuando se desnuda a sí misma y se hace poesía, es transubstanciación, fondo y peso de la vida misma, incluso más verdadera que ésta» (6).

La poesía de Ricardo E. Molinari diríamos que es un camino hacia la suprema belleza, que es Dios, a través de las cosas cotidianas. Esta poesía la podemos llamar experiencial, pero no sólo como «experiencia de la vida, sino también experiencia de recogimiento, asunción divina y mística» (7).

Esta situación, si se nos permite la palabra, la encontramos como lazo o seguimiento de aquel poema de Höllderlin, en que dice: «Pero a nosotros nos toca, bajo las tempestades de Dios, ¡oh!, permanecer con la cabeza descubierta, tomar el rayo del Padre, a él mismo, con nuestra

---

(4) José Luis Aranguren: *Crítica y Meditación*. Edit. Taurus. Madrid, 1957.
(5) *Obra cit.*, pág. 68.
(6) *Obra cit.*, pág. 69.
(7) *Obra cit.*, pág. 70.

propia mano y entregar al pueblo, velados en la canción, los dones celestes» (8).

Efectivamente esto es lo que creemos encontrar en la mayor parte de la producción de Molinari; parece se hiciera eco de estas frases, y al colocarse junto a las cosas nos quiere llevar hasta el fondo íntimo de su belleza, belleza que en toda su obra deja trasuntar.

Para Molinari la poesía, sin duda, es algo espiritual, algo que sobrepasa la materia; como dice Fray Luis de León: «La poesía, sin duda, la inspiró Dios en los ánimos de los hombres para con el movimiento y el espíritu de ella levantarlos al cielo, de donde ella procede, porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino» (9).

Para comprender más íntegramente a los poetas, y por lo mismo al que nos ocupa, no debemos olvidar «que el poeta tiene por misión dar testimonio de lo que es, anunciar y enunciar lo que está ya aquí, aunque los otros hombres no lo veamos todavía, estar siempre en vela ante Dios —prueba decisoria de la existencia humana—, traspasado, transverberado por su verdad» (10).

Afirmamos esto al decir que el poeta crea, o mejor recrea, las cosas; en ésta su particular acción de crear tiene algo de divino.

El poeta, en su vitalidad creadora, saca cosas nuevas «de ese mundo feliz que nos aguarda y cuya imagen llevamos impresa en nosotros mismos» (11).

De aquí es de donde brota la espiritualidad de la poesía. La poesía, que para ella todo es divino, espiritual —«belleza, amor divinizados»—, algo fuera de la materia, se eleva, y en este elevarse llega a la divinidad, y es por eso que tan llena está del sentido de Dios.

Al analizar la poesía de Molinari nos salta a la vista todo esto que acabamos de decir; y en un primer plano podemos colocar como uno de los tantos temas que se pueden descubrir en su obra: el de la ausencia y soledad. Ahora, esta ausencia y soledad debemos analizarla para poder determinar si cabrían en esta o aquella soledad, en la cual se pueden apreciar matices diversos.

Al analizar la soledad nos encontramos con tipos o especies de vivencias de soledad; en primer lugar nos encontramos con «una actitud de huída, una destrucción voluntaria y empecinada de todo aquello que comprometa los sentidos» (12), una soledad de miedo, de

---

(8) Tomado de *Crítica y Meditación*, pág. 74. Citado por José Luis Aranguren.

(9) Citado por Karl Vossler en *La soledad en la poesía española.*

(10) José Luis Aranguren: *Crítica y Meditación.* Edit. Taurus. Madrid, 1957.

(11) Revista *Ideales* del Colegio de San Esteban, de Salamanca, 1952.

(12) Arturo Berenguer Carisomo: *Estilística de la soledad en el Martín Fierro.* Revista de la Universidad de Buenos Aires.

repugnancia, indiferencia; en segundo lugar se encuentra el «afán de soledad por empacho mundano».

El hombre aprisionado entre las redes de una sociedad llegada a su pleno poder inventa en el bosque, en la aldea, en la soledosa paz campesina una especie de ideal isla remota donde cobrar el libre dominio de sí mismo» (13), un deseo de paz. Pero aún nos queda una tercera clase que podríamos llamar «nihilista, aversión o destrucción de un sentimiento natural», el social (14).

Nos sería difícil y hasta creemos imposible encasillar la soledad que advertimos en la poesía de Ricardo E. Molinari en alguno de estos tres grupos o tipos. Si nos viéramos en la obligación de hacerlo, creemos que en el que mejor se hallaría es en el segundo; agregando siempre matices nuevos que se descubren en su obra, los cuales sobrepasan la limitación de este grupo.

Si se nos permitiera, y no fuera arriesgado decirlo, creemos que esta vivencia o palpitación íntima que descubrimos en Molinari es un deseo de llenar una distancia espiritual de lo que se es, a lo que se busca; el deseo de franquear esa barrera imposible que separa al hombre del hombre y elevarlo hasta otro plano superior en que se encuentra en un único punto: Dios.

Ausencia y soledad en la poesía de Ricardo E. Molinari

Comenzaremos por entresacar de la obra de Molinari todo aquello que encontramos en ella referente a la soledad o ausencia íntima.

Dividiremos el trabajo, por una particularidad o razón de orden, en tres partes, que servirán para dar una mirada de conjunto a su obra.

En primer término analizaremos las odas de sus libros *Días donde la tarde es un pájaro* y *Unida noche,* siguiendo con los sonetos, para terminar, por fin, con los demás tipos de sus composiciones.

Ya en la primer página de *Días donde la tarde es un pájaro,* nos encontramos con lo que pudiéramos llamar la clave de toda la obra de este poeta:

¡Oh Dios, mira mi corazón!

En este solo verso tenemos infinidad de datos concretos que creemos se encuentran repetidos en toda su obra. Aquí podemos decir que el poeta está solo; el hombre, en su condición de tal, busca algo que llene todo ese vacío inmenso que tan difícil nos resulta. Lo vemos solo

(13) Arturo Berenguer Carisomo: *Obra cit.*
(14) *Ibidem.*

al poeta, pero no en una soledad que podríamos llamar desesperada o sin nada circunstancial que lo rodee; el poeta no se halla solo, lo que tiene en soledad es su corazón íntimo, su propia alma; siente la viva necesidad de algo trascendente que lo llene, que lo haga distinto de esa vivencia de todos los días, de la monotonía de cosas repetidas, que lo haga ver en estas mismas cosas algo nuevo cada vez; un querer desentrañar el sentido de cuanto le rodea, o sea esa actitud de contemplativo, no como vida, sino como vivencia que lo mantiene en un continuo círculo de acción admirativa.

Como los pájaros que vuelan en inmensas bandadas, el sentimiento del poeta los sigue y oye hasta sus gritos y permanece solo y sonriente con sus manos.

Creemos que como mejor podríamos ubicar a Molinari, al menos en cuanto a las composiciones que analizamos, es diciendo que el poeta es un espejo de la naturaleza, no en el sentido del que se limita a ver o reflejar, sino en el propio del que la vive; de ahí la dualidad que encontramos en su copiosa obra.

El poeta no se contenta con describir detalladamente, sino en vivir los detalles. Su vida es una alternación de vivencias, como lo es la naturaleza en su sucesión de cambio.

Es así que según la naturaleza o seres naturales están tristes o contestos, así, en esta misma realidad, está el poeta.

En la primera poesía de *Días donde la tarde es un pájaro,* el poeta se entristece ante la presencia de los enemigos, y al ver que todo se va; las nubes por el aguanoso cielo de la tarde, y los pájaros que huyen, tan sólo él queda parado, endurecido y desdeñoso. Y sigue su querer ser uno con las cosas, y el no poder serlo, lo hace salir fuera de sí.

El estar vivo y muerto insustituíble,
como la luz y el aire reluciente.
¡De vagar, solo y áspero, imposible!

El poeta quiere identificarse con las cosas, y al darse cuenta que no puede, se dice que debe permanecer en lo que es, y no otra cosa.

En la Oda III dice:

Devuelta y sola, rendida en su resplandor turbado,
mira el alma su desnuda diadema peregrina;
sus días de la tierra injustos y perdidos.

En estos versos el poeta, al mirar en propia intimidad, cuando está solo, sin nada que lo saque de sí mismo, piensa en su posesión, en todo aquello que es o tiene como propiedad, y se da cuenta que es peregrino,

pasajero; en cambio él, su alma, permanecerá, a pesar de ver que sus días vacíos en la tierra podrían ser algo más.

Al quedarse solo, ausente de todo, y ver cómo la noche apurada se llega, siente una atmósfera viva que a su soledad le habla de otro espacio, otra soledad fructífera y permanente.

En toda la obra de Molinari nos encontramos con esa actitud bivalente: la actitud del que deseando quedarse a solas consigo mismo y como impregnado en la naturaleza y compenetrarse con ella, no logra alcanzarlo y parece querer salir de sí, y todos sus miembros tiemblan; de aquí el que en toda su obra juegue un papel importantísimo la naturaleza.

El poeta busca en toda su obra algo que sabe existe y que llenará su ser interior, y su apurarse por no poder alcanzarlo, a veces aparece en alguna expresión un tanto nerviosa de sobresalto.

En la obra de Molinari encontramos más o menos fiel lo que en ciertas canciones de San Juan de la Cruz; «Los valles solitarios (para Molinari serían tal vez más vivo el río, la pampa) son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad, y silencio» (15). Esto es lo que parece ser en Molinari, ese algo superior que él busca y que lo hace decir en la primera Oda de su libro *Días donde la tarde es un pájaro:* «¡Oh, Dios, mira mi corazón!» Su soledad es una «soledad muy sonora para las potencias espirituales» (16).

Esto lo vemos bien en aquellos versos:

Y el aire—adonde a veces canta sólo y memorable—en los campamentos.
...Alegre de estar sola y placentera,
todo el tiempo y la vida...
Al alegre y comenzado romper del alma.
Tempore suo.
¡Y sólo unos pájaros sabrán que he muerto!

Molinari siente alegría en esta soledad, que no solamente es el estar solo, sino el permanecer solo, o lo que es igual, ausente. A pesar de estar entre las cosas, éstas permanecen lejos de sí. Se ensimisma, y este ensimismarse, como no tiene fuertes asideros, a veces lo hace un poco duro consigo mismo.

---

(15) San Juan de la Cruz: *Obras completas.* Edic. crítica del P. Gerardo de San Juan de la Cruz y epílogo de M. Menéndez Pelayo. Toledo, 1912. Tomo II.
(16) *Obra cit.*

Molinari podríase decir que se siente conmovido y como después de una lucha a muerte consigo mismo, se queda ensimismado y meditabundo, como aplastado por ese inmenso cielo de la pampa, de su país, de ese inmenso campo ausente que sólo de cuando en cuando surca y despierta de su melancolía una bandada de pájaros. Cielo y tierra que se tocan en sus interminables extremos y que parecen encerrarlo al poeta con su propio silencio, con su soledad, su ausencia «envuelta en campo ausente».

El poeta se siente un ínfimo ser, en ese mundo suyo de la aprisionada pampa, del Sur, en ese «campo de la eternidad ilimitado donde se sitúa el alma sola, venida, cerca de todo espacio», tanto espacio y tan concentrado que a uno le aplasta; de aquí el que la poesía de Molinari, o lo que podríamos llamar su geografía íntima, su mundo interno, sea cabal expresión de la geografía externa, natural. Su vida se le va, se desparrama, se desborda por la inmensidad de ese campo vacío, «y la vida huye de mí, fuerte y sin remedio»; el poeta se siente inerme, solitario ante esa infinitud de la pampa.

Así lo vemos a Molinari buscar esta soledad, esta quietud, donde pueda sentirse solo, pues en esto consiste en último término la soledad.

Antes hemos dicho que podría darse una semejanza con San Juan de la Cruz y creemos que se da, si bien es cierto que con matices y características propios.

Si hubiéramos de hacer un parangón entre ambos autores tendríamos que situarlos en un mismo campo, pero en distintos polos. En San Juan de la Cruz no se concibe el amor sin soledad; podría decirse que es el caldo de cultivo para ésta. Lo mismo pasa con Molinari, si bien es cierto que con características peculiares. A San Juan podríamos considerarlo como un estático contemplativo, con sus manos metidas en las anchas mangas de su hábito de religioso. Molinari, por el contrario, podría ser tratado como esos seres, caminantes de la llanura argentina que son los «linyeras».

Creemos que la soledad de Molinari podría ser ésta. Quien haya visto a estos hombres cruzar los campos, no respetando la enmarcación geográfica de los caminos, que para ellos no existen, pues su camino es el lugar donde posan sus pies. Quien los haya visto caminar, sin apuro, con sus ojos perdidos en la inmensidad del cielo o cabizbajos, a solas con su mundo íntimo, con su misterio, podrá comprender esta soledad.

Este podría ser el retrato de la personalidad de Molinari, según lo que nos revela su poesía.

En su verso dice:

¡El ánade solitario es como mi corazón rosado en marzo!

Podría decirse que ese ánade solitario es el «linyera», ese ser que vive a solas con su mundo íntimo de recuerdos y que se dice caminando por las estepas argentinas:

... miro mi pasada suerte en el ocio, en el vagar
por las nubes, como tus pájaros de las planicies.

La poesía de Molinari es la máxima identificación con su vida; vida y poesía son una unidad necesaria, y así se dice: *sola andarás callada/toda la edad es muerte/niebla dilatada* y *Así distraída y sola/ quizá vacía/o radiante en ti misma, te escapas hacia fuera.*

La vida se le escapa y lo deja solo, triste en esa duda desierta como la noche, en ese desierto en que haciéndose el poeta lo hace patria y le dice *y sola tú patria miras/... y oyes el tronar.../y el azotar brillante de tanta soledad/Y nuestros deshechos ojos solitarios os ven en la distracción/abajo de la muerte o en ella. ¡Y cercea el tiempo en las dunas y sobre las ausentes y desalentadas/angustias de repente!*

Patria, antepasados, tropillas; todo un mundo sintetizado en el poeta. El poeta se halla ubicado en el sur, distraído, y canta «igual que un pájaro/solitario, olvidado»:

De ausencias estoy perdido.
¡ay, como el viento!
De ausencias y de nubes
el pelo tengo.

Todo él, el poeta, en este caso Molinari, es un estar fuera de sí, ausente de sí mismo, perdido como el viento; su pelo es ausencia y nubes que pasan, que jamás permanecerán.

¿Quién contemplando una tarde, en víspera de tormenta no se siente solo ante el veloz correr de las nubes?; cuanto más se nota esta huída de todo en la pampa donde tan inmenso se encuentra el cielo.

La vida como las nubes se le van tan aprisa al poeta que no llega a comprender su vida, la vida que con tanta fuerza late en sí:

Cuánto te busco, vida
tan disparada,
que no sabes de mí,
en tu mudanza.

La soledad en la obra de Molinari es impar, o lo que es igual, natural; a veces canta esa soledad, dulce soledad, y a veces la apostrofa; diríamos que expresa una situación contentadiza; según su ánimo, así es para él la soledad; eso sí, no debemos olvidar que el imperativo soledad es como una vivencia de algo superior.

Así vemos como canta a esa dulce soledad perdida. «Dichoso miro mi soledad perdida», esto es lo más solo que puede estar, pues, además de estar solo está perdido, y ¿quién más solo que aquel que está perdido?

También vemos que en otras partes apostrofa a esta soledad, y dice «Amargas soledades». Esta soledad creemos que no es la misma que él canta; queriéndolo interpretar me arriesgaría a decir que Molinari ansía, sueña la soledad; pero esa soledad que él nos indica en estos versos:

Frente al verano, y en la luz despiadada
entró por mí a las suaves ausencias,
al pensamiento,
y por la sed fresca del corazón
a quererte.

Y en estos otros versos:

Y sola llama allá, en las planicies verdes, una alondra
sobre las subidas ramas murmurantes,
viendo llegar la noche.
¡Y comienza el otoño en las llanuras!

Molinari desea quedarse a solas, no solo, ausente en esa vivencia de arrobamiento a que puede llegar al pensamiento, la suya podría ser la vivencia psicológica del distraído que, a pesar de estar rodeado de toda su circunstancia, él, con todo, permanece en sí, diríamos volcado hacia adentro, desasido de todo lo externo.

Nos referiremos ahora a estos mismos temas en sus sonetos.

En los tres primeros sonetos, de *Días donde la tarde es un pájaro,* Molinari fuera de sí por el recuerdo de sus días juveniles en que revive el recuerdo de la adolescencia, de la amada que se le abre, «clara», y lo lleva «ciego y solo», que no ve más que su interior, lo lleva «al alto y suave cielo ausente» a comprenderse más en esa su introspección de «raíz suelta, incomparable y sola»; y como la raíz está enterrada en la tierra, así su alma, su amada está enterrada en su interior.

Y en esta su vivencia de exilado a solas con su recuerdo, dice: «y la aurora contigo de mi cuello/en que el olvido solitario bebe», en que uno por la calma y el sosiego de la naturaleza se encuentra más solo y más concentrado en sí. Aquí vemos que Molinari, a pesar de una

cierta nostalgia por esta soledad que vive, se alegra, y se piensa a sí mismo.

En los tres sonetos que siguen en el mismo libro se repite esta misma vivencia, pero diríamos que con un matiz muy propio y peculiar.

Molinari siente o vive la ausencia como algo superior; adentrarse, es elevarse; pero elevarse hacia un plano superior sería algo espiritual que hace a uno salir de sí, y este salir podríamos llamarlo concretamente ausencia.

Al cielo diáfano —celeste—, huída,
vuela los ojos su hermosura ausente
(Desnuda y llena luce separada
tanta luz quieta, solitaria y pura...)

La soledad, pues, la encontramos en todos los sonetos de Molinari como algo que quiere significar olvido, autoconcentración buscada de propósito:

¿A quién, ¡oh!, tiempo alegre y pasajero,
volveré las abiertas manos solas?

Molinari utiliza mucho las manos, y aun el cabello, para indicar su soledad, su desnuda y persistente soledad:

Volad días, mañanas sin reposo,
guirnaldas melancólicas delgadas;
montes claros y arenas reposadas,
al solo cielo ausente y delicioso.

.....

Y los vueltos cabellos en el aire,
tomados y apartados ciegamente.
¡Volar, sí, remontar desentendido!

En estos pocos versos vemos cómo Molinari vive su soledad ausente y deliciosa, en ese remontarse desentendido o en ese «abandono atraído y aparente o suavidad del sueño fugitivo».

Esta su soledad podríamos llamarla de recogimiento distraído y reflexivo puro, de una distración y reflexión que le sacan de sí.

Si nos atenemos a lo que Molinari dice de su obra poética: «ensayar la más intensa posibilidad de recrear la gama de sentimientos y llevarlo hacia su mayor intimidad de belleza», no podemos menos que mirarlo desde este su enfoque, y entonces comprenderemos que el deseo de Molinari a fin de cuentas es un sueño, un «sueño incomparable» que ansiosamente se anhela.

En toda su obra esta vivencia o sentimiento sigue una línea ondulatoria que por momentos se eleva hasta regiones insospechadas: «des-

de el grito de desesperación a la suave caricia de agua de nieve», una vivencia de espejismo y eternidad».

Así son, además de sus odas y sonetos, todas las demás composiciones, ya sean ejercicios, romances o inscripciones; en todos ellos se da esta gama de sentimientos:

La nube coge
a la paloma
solitaria, sola,
¡La nube!

Al aire, al aire,
vuela la paloma.
¡Al aire!
¡Y sola
vuela la paloma
al aire!

En estos ejercicios tanto o más que a través de la restante obra de Molinari vemos la inmensa grandeza y la delicadeza de alma del poeta, y en cierto sentido místico. Pues tan sólo es necesario leer unos versos para verse elevado por esa suavidad, que tan sólo los grandes poetas, en cuanto partícipes de la creación, son capaces de dar.

Para finalizar este trabajo transcribiremos lo que M. López Palomero dice de Molinari en un pequeño trabajo aparecido en la revista *Nosotros*. Dice Palomero: «Molinari tiene un alma exquisita, pero pequeña. (Perdón Molinari.) Su Dios apenas alcanza a ser la sospecha de Dios. Y le invoca, desde su alma exquisita y pequeña, con su fervor y una fe pequeñitos. Y en su predilección por lo bonito, su espíritu se va de lo religioso y su oración se convierte en un balbuceo infantil. Y le pide:

un puerto lleno de veleros
y una escuadra numerosa
para que todo el mar sea nuestro,
y las bahías estén alegres.

Como si pidiera un juguete nuevo. Nuestra alma castellana, amigo Molinari, que hace tiempo se apartó de Dios, pero que conserva en su fondo su recuerdo inmenso, ya no se dirige a El porque carece de la fe inmensa, sin la cual no se debe hablar» (17).

En primer término, en desacuerdo con López Palomero, creemos más bien que esa alma chiquita, y más que chiquita exquisita, de la primera obra de Molinari continúa en toda su obra posterior. Diríamos que su alma es chiquita, no pequeña.

(17) M. López Palomero: Revista *Nosotros*, núm. 230. Julio 1928.

En cuanto a lo de su Dios, no creemos que solamente sea una sospecha; arriesgándonos a decir que más que sospecha es una certeza, pero una certeza que él no puede llegar a vivir tal cual es, y en este su desesperarse por llegar a aprehenderlo, a vivirlo, a veces lo invoca con una fe y un fervor que en sus palabras sencillas de incipiente, a pesar de su aparente pequeñez, revelan la vida de un alma en busca de algo de lo cual cree tener necesidad, esa necesidad natural que todo ser humano siente ya de un modo, ya de otro; de ahí esos versos que, encerrados entre dos signos de admiración, son una oración imprecante de un alma grande, necesitada.

En cuanto a lo que López Palomero juzga a este su fervor religioso, a esta su oración de balbuceo infantil, creemos que ésa es en un conjunto toda la poesía del poeta, y por eso es más poesía y más oración.

¿Quién, en la mayoría de las veces, no ha visto más sinceridad en los pequeños y débiles balbuceos de un niño que en todas las palabras del hombre maduro que se expresa con energía?

Breve consideración final

El trabajo está terminado, o mejor, finalizado; pero aún quedan muchas cosas que podríamos decir; conformémonos con lo dicho, pues si es cierto, como dice Azorín, que «el poeta vive entre entelequias», nos será difícil llegar hasta su fondo y «concretar cuáles son las entelequias del poeta». «El poeta, a solas consigo mismo, deja vagar su espíritu, que está más allá de las que el crítico literario imagina ver» (18).

A esto es a lo que se ha limitado nuestro trabajo; a «imaginar ver» a Molinari a través de su poesía sincera y de la ausencia y soledad que en ella se trasunta.

Tendríamos que preguntarnos si no será cierto lo que Azorín dice en su libro *España* acerca de la poesía de Castilla, de sus campos. «¿No está aquí la paz profunda del espíritu? Cuando en estas llanuras, por las noches, se contemplan las estrellas con su parpadear infinito, ¿no estará aquí el alma ardorosa y dúctil de nuestros místicos? (19).

Creemos que la poesía de Molinari, poesía de la pampa, podría, junto con su vivencia interna, encuadrarse dentro de este planteo, pues «sólo la poesía que se evade del yo y del mundo material y emprende una trayectoria de ascenso a la belleza (o absoluto) será duradera y verdadera» (20).—Felipe L. Pérez Pollán.

---

(18) Azorín: *Capricho*. Edic. Espasa Calpe. Colec. Austral. Buenos Aires, 1946.
(19) *Ibidem*.
(20) M. E. Frei: *La poesía de Fray Luis de León*.